

Intermedio tardío. Análisis de un mapa

Eduardo Téllez Lúgaro



Culturas más destacadas del intermedio tardío, según Justo Cáceres Macedo

Panorama general

En la era de los “estados regionales” (Lumbreras) que arranca hacia el 900 d. C., en la desértica costa peruana se desplegaban cuatro unidades de cuenta: chimú y sinca –ambas en el litoral septentrional-, Chancay en el centro, y el reino chincha, más al sur. Sobre la misma costa meridional o en sus alrededores, entretanto, ciertas culturas locales, como churajón y chiribaya, de más discreta silueta socio-política sobresalían en este escenario inclemente, que no podía, con todo, contra la vida: en el extremo austral del Perú las culturas aborígenes alojadas en la grata región valliserrana de Arica, en Pica, Tarapacá y altiplano contiguo, así como en los vergeles del Loa y Salar de Atacama, luchaban con denuedo por representarla en esos mundos extremos de la Tierra.

Continente adentro, en las alturas de Ayacucho, se localizaban los señoríos de la confederación chanca, en tanto en la zona quechua del Cusco comenzaba a desplegar alas el enigmático señorío incaico. En la sierra central velaba por su prestigio el poderoso reino chanca y, más al oriente, en torno al vasto cuerpo de agua del Titicaca aparecía sembrado de ‘reinos’ aymaras, particularmente visibles tras el eclipse de la civilización tihuanaco. El último jalón por el mediodía lo marcaban picas y tarapaqueños, pueblos vecinos por el mediodía a la etnia ariqueña, en el plexo del desierto. Desde el 1000 d. C. avanzadas aimaras tomaron posesión definitiva del altiplano de Arica y Tarapacá, iniciando una tensa relación geopolítica con las naciones de “occidente”, esto es de los valles bajos, particularmente con la ariqueña. Más al mediodía, en el pie de la Puna de Atacama, propiamente en los vergeles de “tierra abajo” –los ambientes fértiles de los pisos inferiores que la circundan- se vive otro tanto. Un señorío de “indios lipes” (Berenger) termina por apostarse en las inmediaciones del alto Loa, levantando chullpas, potentes andenerías y villorrios edificadas en sólida piedra. Prósperos de rebaños y agricultura de regadío, formaban por este punto del oeste una prolongación de las culturas posesionadas del altiplano austral de Bolivia.

En las vegas del curso medio y superior del Loa (Chiu-Chiu, Lasana, Turi), y en los bordes propicios del salar de Atacama se emplazan las aldeas de los lican-antai o atakamas, poseedores del cuzca y una sobria economía agro-pastoril. Configuran la etnia andina más notoria de aquello que los primeros escritos españoles llamaran el “sur del Perú”. Su capital estuvo en lo que los hispanos denominaron Atacama la Grande, y después San Pedro de Atacama. Al sur, el gran Despoblado, unas 120 leguas de camino terrestre separaba a los lican-antai de Capayapu y su pueblo, los copiapoes y de los valles “diaguitas”. Detrás de ellos estaba propiamente el Chile de los incas, o sea Aconcagua, territorio inscrito en la orla lingüística del mapudungún.

No hay que olvidar a los pescadores camanchacas, los ‘nómades del mar’ del norte (los otros eran los canoeros del extremo austral), las bandas marítimas que se movían sobre el litoral árido extendido desde la desembocadura del Azapa hasta la del Elqui, y con certeza rebasaban esos límites con sus balsas de odres inflados, hechos en cuero de lobo marino. Son el pueblo que en el siglo XVII los españoles apodarán changos.

Una lectura del mapa

Pasemos al examen del mapa que encabeza este ensayo.

La carta de Cáceres Macedo hace una aproximación al estado que prevaleció en el largo paréntesis que separa extinción de la supremacía huari de la del tahuantinsuyo. Unos cinco siglos y medio a lo menos. Allí están indicadas las grandes y menores potencias regionales de este segundo y último intermedio, y también sectores acotados que jugaron algún rol cultural visible en su momento. Da a atención, además, a espacios geopolíticos destacados si se los mira de conjunto pese a su atomización interna (reinos aimaras). El observador imaginará, dada su cuantía, la irreproducible variedad de pueblos, culturas locales y centros ceremoniales de valor local que llenan la época. Aquí apenas están indicados los reinos de mayor enjundia, las formaciones con atributos estatales y ciertos focos culturales de tipo provincial de algún relieve.

Los chinchas, potencia del sur Si partimos por la costa meridional divisamos la sólida posición que mantenía por entonces el reino chincha, desde el río de su nombre hasta el Yauca. De sólida economía mercantil (unos 600 agentes según Rostworowski), según delata el sostenido tráfico terrestre y naval, además de la malla relaciones de comerciales establecidas a la redonda, con la mayor parte del Perú y otros territorios internos y de la costa pacífica, chincha hizo un gran aprovechamiento de la pródiga riqueza del mar regional y mantuvo una gran flota pesquera y de cabotaje, que los mismos interesados exageraron al elevarla a cien mil naves. En realidad, siendo importante, estaba harto por debajo de esa cifra y limitaba a balsas de madera. La mucha población que controlaba daba realce al curacazgo chinchano, cuya capital estuvo en la Centinela, en el distrito de Tambo de Mora. Mantuvo su credibilidad al ser anexada al tahuantinsuyo en el reinado de Pachacutec y los incas sucesivos mostraron suma deferencia con su príncipe y señores étnicos.

Con indudable aptitud para el comercio de gran escala, el cabotaje marítimo y la ingeniería hidráulica, no estuvo dispuesto el principado chincha a reducirse a la discreta existencia aldeana y hasta donde pudo sembró urbanismo. Lo dicen los establecimientos de Ica Vieja, alzada en la vega

de su nombre, y los de Lurinchincha y Tambo de Mora, en donde estuvo puesta la Centinela, de la que ya dijimos.

Sus vecindarios bullían de contingentes campesinos pero había también un poderoso gremio de mercaderes capaces de viajar en flotas balseras a lo largo de la costa pacífica y desplazarse por las rutas interiores hasta los emporios andinos y la *montaña* selvática del oriente, en demanda de productos exóticos y mercados de consumo, a los cuales abastecían de manufacturas de calidad, “lujos” –v.gr. mullu y joyas de oro- y artículos de alta demanda.

Los grandes asentamientos humanos contenían barrios bien organizados, una legión de imponentes adoratorios y estancias de gran fuste para solaz de las élites. Los artistas chinchas mantienen con vida la colorista tradición textil del territorio, iniciada mucho antes por paracas y nazcas, siempre dada a la policromía exaltada pero embargada esta vez de una geometría minimalista en el plano ornamental; una opción que trasladan a la alfarería, con inclinación exagerada a remedar el motivo en “escalera”.

Las culturas chuarajón y chiribaya No lejos del litoral se recortan chuarajón y chiribaya, dos vistosas culturas lugareñas del suroeste. Chuarajón se vincula al sitio homónimo, una población respetable del valle de Arequipa, dotada de una necrópolis, un abigarrado racimo de viviendas provistas de patio y ciertos espacios despejados que parecen ser plazas diminutas. Subsistían de una agricultura intensiva que incluyó andenerías y una diligente canalización y el estilo de su cerámica policroma con decoración geométrica notifica que chuarajón, aparte de la zona arequipeña, irradió hacia los vergeles costeros de Locumba, Ilo, Mollendo y Moquegua. Chiribaya, identificada con una aldea considerable –varios cementerios hablan de su densidad humana- formada de casas de caña y barro, produjo una alfarería mejor trabajada que la chuarajón, pluricolor y de recargada ornamentación geométrica. Chiribaya llegó a dominar el valle de Moquegua y aún implantó colonias suyas en el de Osmore. Su resplandor se apagó cerca de 1350, afectada de los efectos catastróficos de aluviones producidos por un Niño más duro de lo habitual.

Chancay Luego, en la costa central se señala la presencia de chancay, que sentó sus reales en el interfluvio Huaura-Chillón, para el 1200. Mantuvo dos centros de renombre en el valle de Chancay, de donde tomó su apodo. Uno estuvo en Pisquillo Chico, poblado zonificado en un área litúrgica (ritual), residencial y de enterratorio (cementerio), dotado de veinte pirámides y una gran explanada pública; el otro fue Lumbrá, en la misma vega, con grandes estructuras hidráulicas –canales, andenes, cisternas y dos capaces represas- muestra igual grado de planificación: mantenía

un núcleo ceremonial con varios templos y una plaza imponente separado del ámbito habitacional y del camposanto.

La agricultura de riego era uno de los pilares del régimen productivo chancayano, que se apoyaba así mismo intensamente en la pesca, la manufactura artesana y el tráfico transversal de esta, principalmente tejidos y cerámica de grata terminación. La funebria de esta civilización marítima delata la marcada distancia social entre la clase hegemónica y las subordinadas. Las tumbas del elemento humilde son campechanas, de poco ajuar y magra inversión artística. Para ser notables tejedores, los fardos funerarios de los difuntos menos pudientes muestran el imperio del género simplón y no de la tela magnificente. Ella se reserva para los entierros de alcurnia, hechos en aposentos arquitectónicamente refinados –cámaras de arcilla con cielo de juncos, planta cúbica o rectangular y escala de acceso- recargados de ofrendas de alta valía estética.

Los talleres chancay servían de zócalo a una industria artesanal con capacidad de colocar sus output en mercados exteriores, muy solicitado por un comercio que desde el centro costero irradiaba al Ande, ceja de selva oriental y al norte y mediodía costero, todos simultáneamente. La exportación principal se vinculaba a una cerámica prestigiosa, artilugios metálicos, tallas en madera y a textiles conseguidos a través de técnicas excelsas: mantos recamados con plumas; bordados, tules, tapices, géneros lisos y pintados a pincel. La cerámica en patrón negro sobre blanco o crema, exhibe

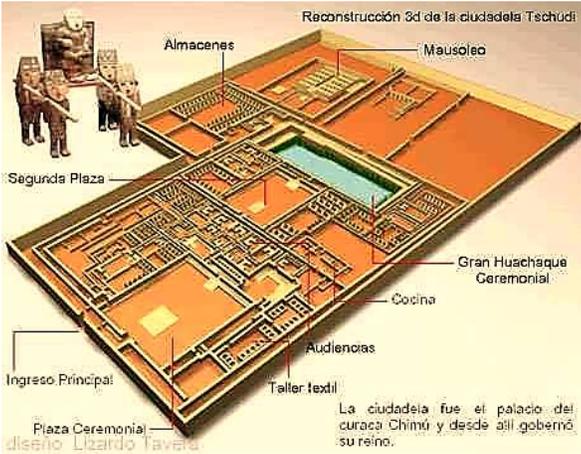
Chimor La auténtica potencia del último intermedio es chimor, también nombrado chimor y más raramente chimuk. Es el reino sin rival en estos siglos anteriores al tahuantinsuyo, que habrá de someterlo al fin.

Se puede hacer un corte de la historia chimor en el 1300, lo que instaure de raíz dos fases. La primera comienza en el 900, posterior a la desaparición del predominio mochica, y es ciertamente preparatoria de su gran expansión de los siglos 14 y 15. En los tiempos iniciales su base territorial y étnica se limitó al círculo que gravitaba en torno a la hoya del río Moche, asiento de sus primeras dinastías. A partir del 1300 el dominio chimuk creció incontenible hacia sus antípodas.

La bien organizada monarquía chimor descansó en un organigrama que empezaba en la aldea campesina y terminaba en las nueve ciudadelas de barro de la capital de capitales, Chanchán, un complejo urbano diseñado, a lo que parece, solo para alojar a la realeza, su corte y sirvientes. Cada una de las ciudadelas de Chan-Chan se construyeron para acoger a reyes diferentes, que gobernaron ocultos del público por altas y ornamentadas murallas de adobe, que los sacaban de la vista del habitante común, distanciamiento que reforzaba la majestad y potencia mística de estos

príncipes de las cosas terrenas pero en continua comunión con las divinidades del mar y tierra firme reverenciadas por la nación chimor.

Las ciudadelas encerraban bodegas colmadas de producción copiosa, fondo que sus inquilinos reales utilizaban para, mediante una redistribución astuta, mecanismo que estaba en la base de los ideales andinos de reciprocidad, crear o cuajar alianzas con curacas y comunidades que les interesaban en particular en el marco de sus estrategias de dominación. Sin embargo, había mucho más. La planta de las ciudadelas tenía algo de dédalo, con sus muchos pasajes, talleres, plazas extensas, alas residenciales y de servicio doméstico, oficinas, pileta ceremonial (‘huachaque’), audiencias (edificación en forma de herradura dedicada a resolver vistas y negocios de interés público), depósitos y criptas piramidales en que se enterraba a los reyes chimuk. Chan-Chan, vista desde arriba, combina las ciudadelas con barriadas populares, construcciones de mediana envergadura y mahamaes o wachaques, como se denomina a las ‘chacras hundidas’ –vieja técnica de cultivo en zanjas de fondo triangular (de vértice invertido), capaces de captar agua subterránea.



Hay en el esquema del poder administrativo chimú una serie planificada al dedillo que une lo micro (el villorrio local) a lo metropolitano (Chanchán), pasando por una serie de “capitales intermedias” [v.gr. Farfán, Manchán, Pacatnamú, Apurlec o Paramonga], instaladas en puntos escogidos de los valles regionales, irrigados por medio de una hidráulica de excelente factura. Uno solo de esos canales artificiales diseñados por los ingenieros chimúes era apto para extraer los caudales del río Chicama, viajar con ellos a través de veinte leguas actuales y luego verterlos sobre

los yermos que copaban la inmediación septentrional del valle de Moche, ampliando la tierra de riego y las probabilidades de la agricultura zonal.

Para comienzos del 1400, merced a la intervención directa de sus ejércitos, la coerción o una diplomacia persuasiva, los reyes chimú habían conseguido forjar un alargado dominio territorial que abrazaba alrededor de 1300 kilómetros de cinta costanera. Dentro de ella se alojaban quince de las mejores hoyas hidrográficas del litoral central y septentrional del Perú. En sentido general, la figura estirada del 'imperio' chimor limitaba, por el sur, con la cuenca del río Fortaleza, muy cerca de Pativilca, a una 17 leguas (actuales) del Rimac, aunque otras opiniones lo prolongan, más inseguramente, hasta Carabayllo, en el río Chillón, o sea, el actual radio norte de Lima. Los confines septentrionales del reino chimor alcanzaban las cercanías de Tumbes, ya en el limbo de la moderna frontera con el Ecuador, en un ambiente de penetrante dejo tropical. En resumidas cuentas, el

La conquista guerrera fue el vector principal del crecimiento geopolítico de los reyes de Chan-Chan, y la tradición no desmiente este rasgo. El relato histórico, sin embargo, se confunde irremisiblemente con la fábula haciendo imposible separar la quimérico de lo cierto. Las listas recobradas señalan una sucesión de 10 reyes chimúes, mas únicamente sabemos los nombres de los tres primeros y del último. La contribución de los siete monarcas anónimos a la edificación de este enorme *imperio* de la costa norte, la desconocemos a ciencia cierta. Las sagas prehispánicas le asignan a Guacricaur, hijo del primer soberano, el mítico Tacainamu, el comienzo de las campañas bélicas dentro de la comarca trujillana, en la cual debió vencer la resistencia de parte de su población. Le correspondió a su hijo, el competente Nancem Pinco, la total sujeción de la cuenca de Moche, a lo que sumó después la conquista de los valles mayores extendidos desde Saña al Santa. Ignoramos los detalles exactos de las hazañas y vicisitudes de los subsiguientes soberanos hasta Minchancaman, décimo monarca de Chan-Chan y estratega impar que llevó a su culmine la hegemonía chimor. A esa altura, su nombre se escuchaba y se hacía reverenciar de Piura a Chillón, no lejos de los marjales del Rímac. Su gloria mundana acabo allí. El tahuantinsuyo acabó por sepultar ese ensueño una vez que los ejércitos de Pachacutec se impusieron a los de chimor, por 1470, transformado de allí en más en una monarquía vasalla de los incas.

Sicán (Lambayeque) Los sicanos de Lambayeque tenía una larga historia, muy anterior al advenimiento del intermedio tardío, como que se remontan hasta mediados del siglo VIII, y han perdurado hasta las medianías del XIV, unos 600 años de trayectoria, la mayor parte rutilante, en su patria ancestral, confinante, al norte, con las aguas del río Motupe, y al sur con el industrioso valle de Jaquetepeque. Entremedio, tuvo asimismo bajo su potestad a las gentes y tierras de los

valles de la Leche, Lambayeque y Reque. Su apogeo se produjo entre el 900 y el 1100 para después decaer y terminar anexada al señorío de chimor.

No fueron los sicanos amigos de crear grandes concentraciones, aunque si las hay. Más bien se inclinaron por los núcleos administrativos dedicados a la acumulación y redistribución de la riqueza artesanal captada y a la erección de emplazamientos ceremoniales- aunque se mostraron muy aptos en la construcción de pirámides escalonadas y estructuras complejas de riego, capaces de articular simultáneamente los valles principales de la sociedad sicán (Zaña, Chancay, Reque y la Leche). Su centro mayor estuvo en Batán Grande, fuerte de 20 pirámides y un sinnúmero de dependencias administrativas, que coincidió con los siglos de auge de Sicán. En los de menor esplendor destacó Túcume, emplazado no lejos del anterior, en la juntura de las hoyas de la Leche y Lambayeque, sus graneros naturales, sobre los que ejerció capitanía.

Si Batán y Túcume están más cerca del nivel de centros ceremoniales desarrollados, Apurlec es casi una urbe, con edificación concentrada, red de arterias, barriadas, templos, bodegajes y un entorno agrícola con riego artificial de alta eficacia, lo que muestra a los sicanos como diestros planificadores.

Acabará lambayeque anexado a al reino chimor en el XIV, atraído por el vigor productivo de sus bien cultivados medallones agrícolas y la masa campesina agolpada en su jurisdicción. Otro objetivo secundario debió estar relacionado con la toma de control de la orfebrería regional y el aprovechamiento del saber técnico y el producto de sus artífices, de superioridad demostrada.

Huancas, chancas e incas Para entonces la situación de la sierra centro-meridional es de equilibrio precario. En el valle cruzado por río Mantaro (Junín) la nación huanca se desenvolvía en medio de roces bélicos periódicos con sus molestos vecinos, yauyos y taramas, por disputas en torno a tierras agrícolas y pastoriles; de allí la predisposición de los huancas a erigir pucarás en los cerros y aldeas fortificadas con murallas de piedra, que delatan un espíritu defensivo, siempre alerta ante el mundo de extramuros. Tenían los huancas su capital instalada en Siquillapucará ¡título revelador!, ciudad formada en piedra repujada a gubia, enclavada en la provincia de Jauja. Desde allí los señores huancas seguirán con creciente preocupación la ambiciosa trayectoria política de una tribu alógenas, la de los incas, asentada en la zona del Cusco en el 1200, cuyo intento de asegurar su hegemonía regional los llevará a chocar con el señorío huanca, dos siglos y medio después. Perderán los huancas, al fin, una guerra con los cusqueños mandados por Pachacuti, que duro un lustro. Siquillapucará será ocupada y arrasada como Jerusalén por las legiones de Tito y la población huanca quedará rebajada a la condición de yanás, sirvientes perpetuos de las mimadas clases incaicas.

Más cercanos a los incas se encontraban los chancas, extendidos desde las eminencias de Huanta (Ayacucho) hasta las costas del Apurímac, que pronto colisionaron con los impetuosos cusqueños, vencedores, a la postre, en la contienda armada.

La instalación inca parece estar muy relacionada con la cerámica k'illke, que dona su nombre a la etapa pre-incásica inmediatamente anterior a la fundación del Cusco, definida por su patrón rojo/negro sobre crema. De indudable origen o influencia huari, esta alfarería que se desenvuelve desde principios del siglo XI hasta las medianías del XIII, acompaña el comienzo de la historia incásica, dominada, según la arqueología, por caseríos escuetos, tanto que a veces no pasan de dos casas campesinas o como mucho, una docena. Instaladas en posiciones defendibles o aledañas a los campos de labranza, estos recintos de plan rectangular han sido, tal vez, núcleos residenciales de linajes localizados o segmentos de los mismos. El menaje alfarero, alternativamente, denuncia en los estilos implicados, la intensa variedad de etnicidades coexistentes en la región cusqueña, dominada finalmente por los incas merced a una hábil política de alianzas, previsión estratégica y organización. Así y todo, recién a comienzos del siglo XV podrán los incas comenzar su camino al predominio, cuando bajo el mandato de Pachacuti, derrotan a los ejércitos chancas (1438).

Las primitivas listas de monarcas incas, claramente legendarios, exhumadas por Rowe, que llega hasta 1438, hacen provenir a los primeros cinco reyes, de linajes perteneciente a la sección hanan-Cusco, el alto Cusco. Los tres siguientes, a partir de Inca Roca, salen de la sección hurin-Cusco, el bajo Cusco, fruto amargo de una fractura de los linajes preeminentes. Recién con Pachacuti Inca Yupanqui se inician los reinados históricos –cinco soberanos–.



REINOS	URCOSUYO	REINOS	UMASUYO
1	Canchis	2	Canchis
3	Canas	4	Canas
5	Collas	6	Collas
7	Lupacas	8	Pacaies
9	Pacajes	10	Soras uma
11	Carancas	12	Charcas
13	Quillacas	14	Chuis
15	Caracaras urcu	16	Chichas

Tomado y adaptado de: <http://tuymihistoria.blogspot.cl/2015/11>

Los reinos lacustres La nube aimara que orlaba el lago Titicaca encerraba dieciséis reinos distribuidos en la región de Umasuyo, y en la de Urcusuyo, en dualidad curiosa y una oposición binaria. Por lo común las unidades políticas duplicaban el gentilicio y se da el caso que tengamos un señorío colla en Umasuyo y otro con igual onomástico en Urcusuyo (cfr. listado supra). Salvo el principado lupaca, los restantes, desde los deslindes del reino cancha hasta los dominios de la jefatura pacaje, preservan esta solución binominal.

Estos eran los conglomerados étnicos que ejercieron con maestría el control vertical de un máximo de pisos ecológicos, develado por J. V. Murra; un sistema que les permitía acceder a recursos dispersos en niveles altitudinales y climáticos situados, a ratos, a más de tres días de camino. Había islotes y hasta *archipiélagos* ecológico-productivos tanto en el oriente tropical (manca-yungas) cuanto en los territorios bajos de occidente (alla-yungas), colonias que los curacas de las tierras altas consideraban patrimonio de sus respectivos señoríos.

Entre este acumulado de señoríos destacaban per se, los lupacas, con centro en Chucuito y cien mil almas habitantes, en permanente pugna con el principado colla, que tenía sede principal en el pueblo de Hatuncolla. Ambos poseían colonias en periferias lejanas, alcanzables en viajes de 5 a 6 semanas a pie enjuto. Llegaron a mantener colonias en la costa pacífica, en Moquegua, Sama y Arica y e la vertiente amazónico de la cordillera.